



ACERCA DE LA COMUNIDAD Y SU (¿PRESUNTO?) RENACER

Pablo de Marinis

*Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de Buenos Aires*

|pablodemarinis@gmail.com|

Resumen

Este texto narra, en clave autobiográfica, la relación existente entre mi vida, experiencia y trabajo como sociólogo y unas de mis inquietudes teóricas prioritarias: el concepto de “comunidad”. En este ejercicio, describo cómo dicho concepto y yo hemos ido relacionándonos con distintas realidades intelectuales, principalmente, la *Sozialtheorie* alemana, la teoría anglofoucaultiana y la discusión sociológica latinoamericana. También recupero algunas derivas más recientes, de orden epistemológico, que dicho trabajo ha asumido, y que se relacionan fundamentalmente con el problema de la *embeddedness* cultural de los conceptos sociológicos. Finalmente, articulo todo este recorrido con el cultivo de una “moral de la incomodidad”, que para mí significa un desafío intelectual y vital a la vez.

Palabras Claves:

Comunidad, Comunidades, Teoría social, Trabajo Sociológico, Sociabilidad



Alguna vez me he puesto a pensar en qué quisiera convertirme al llegar a la edad de mi auténtica madurez como sociólogo, la cual, es de suponer, alguna vez habrá de llegarme¹. En ello, no puedo plantear definiciones muy contundentes. Tiendo a identificarme con muy diferentes perfiles y estilos de trabajo sociológico, como por ejemplo los que afloraron en un debate tácito, no siempre frontalmente planteado, y en el que por obvias razones generacionales no pude participar cuando tuvo lugar: entre la profunda densidad conceptual de, por ejemplo, Talcott Parsons, y el llano y diáfano radicalismo social y sociológico de, por caso, Charles Wright Mills².

Por razones diversas, simpatizo con rasgos de los dos autores que he tomado como paradigmáticos de sendos estilos de práctica sociológica. A contramano de lo que prescriben numerosos manuales llenos de ejemplos de “buenas prácticas”, pero en línea con la tan desgastada pero siempre sugerente marxiana tesis onceava, me atraen las sociologías que se ponen (aunque sea, a veces, pagando el precio de alguna que otra torpeza) al servicio de la crítica comprensión de lo tremendamente mal que funciona el mundo, juzgándolo de frente y con crudeza. Pero también me seducen los castillos teóricos delicados y sólidos a la vez, elegantes y refinados, intrincados y desafiantes, que se resisten al entendimiento a primera vista, el cual quizás sólo pueda alcanzarse aprendiendo una hermética jerga sólo apta para iniciados.

El famoso sintagma de la “imaginación sociológica” que acuñó Mills es conceptualmente bastante elemental. El planteamiento de que existen dos instancias analíticamente diferenciables pero necesariamente interrelacionadas –el individuo fungiendo como “parte” de la sociedad–, se da de patadas con el planteamiento funcionalista del “sistema psíquico” como “entorno” del “sistema social”. Ahora, también suscribo a esta última

¹ Con esto, digo que no ha llegado (al menos para mí), independientemente de lo que digan al respecto las instituciones que me evalúan, que al parecer piensan otra cosa.

² Nombro estos personajes, pero podría mencionar también muchos otros, de otros tiempos, y de otros contextos culturales, también del nuestro.



fórmula teórica, sobre todo por la eficacia que tiene a la hora de desestabilizar cualquier sentido común sociológico de primer curso de licenciatura. Antes de que a alguien se le ocurra lanzarme un reproche y decirme: “decídate, no se puede estar a mano al mismo tiempo con Dios y con el Diablo”³, escaparé por la tangente y confesaré abiertamente lo que aquí me convoca.

Pese a todo lo que acabo de decir e inspirado en esa potente idea que motoriza la “imaginación sociológica”, tiene que existir alguna relación entre lo que vivimos, experimentamos y nos inquieta personalmente en cada etapa de nuestro recorrido vital (eso que Mills llamaba simplemente “biografía”), y los “problemas públicos de la estructura social” (o la “historia de la sociedad”). En los párrafos que siguen, cuando haga referencia a esa vida y esa experiencia, voy a incluir, desde luego, mi trabajo en/con la sociología. Y, dentro de eso, mi (pre)ocupación prioritaria con el concepto de “comunidad”.

Por azares o por necesidades, quién sabe ahora cuánto hubo de lo uno y de lo otro, viví en Alemania durante buena parte de la década del '90. Toda aquella enorme experiencia vital incluyó una tesis doctoral sobre el espacio, el poder y la sociedad (de Marinis, 2000), a la que justo 20 años después de concluida, contemplo con una pareja mezcla de ternura (por la irreverencia que reconozco en aquel sujeto que no había llegado por entonces ni siquiera a los 30 años de edad) y de vergüenza (por la inevitable modestia de sus hallazgos, dadas aquellas condiciones, en las que mi corta edad y escasa experiencia jugaron un papel incluso más fuerte que mi condición de aprendedor adulto de la tan críptica como bella lengua de Goethe). Aquella fue una tesis de inconfundible inspiración michelfoucaultiana, impronta robertcasteliana y aroma norberteliasiano, inscripta adrede en una *mélange* a la que entonces me empecinaba en

³ Pobres de ellos, no han leído a Weber, el más fáustico de los padres fundadores de nuestra gran tragedia sociológica (o de nuestra trágica sociología).



llamar “*Sozialtheorie*”, pero que para ser justo se acercaba a lo que convencionalmente llamamos “teoría sociológica”.

En aquellos intensos años de neoliberalismo galopante, me abrumaban las imágenes de una totalidad societal que, tanto en el Norte como en el Sur, aunque de diferentes maneras, había empezado a ser menos que la suma de las relaciones entre sus componentes, que había dejado atrás el formato de una red más o menos integral de relaciones de interdependencia de individuos y grupos, y comenzaba a convertirse en una sociedad de ritmos y velocidades dispares, de circuitos crecientemente diferenciados de sociabilidad (de Marinis, 1998).

Sin mucha claridad acerca de cómo seguir en ese inevitable vacío del “día después” que siempre supone terminar una tesis doctoral, vacío acentuado por lo que eran unas inserciones laborales y profesionales todavía bastante inciertas y precarias, salí a buscar nuevos rumbos. Así fue que me topé con un orondo y muy prometedor autobús anglofoucaultiano, que llevaba clavado en su frontispicio una impactante leyenda que rezaba “*the death of the social*”, e iba conducido por personajes como Nikolas Rose (por mencionar sólo uno). Aquel escandaloso y sensacionalista anuncio encajaba perfectamente con las imágenes del “mundo desbocado” de Giddens (o sus traductores) que me abrumaban por entonces⁴. Pero lo interesante para este relato es que la “*death*” de “*the social*”⁵ no venía sola: traía consigo también la sugerencia teórica de una concomitante “*rebirth*”, de la “*community*” (Rose, 1996). Y no era precisamente “*birth*”, porque todos bien sabemos, y también lo sabía Rose, que la “*community*” había nacido ya antes, mucho antes que la (*modern*) “*society*”, al menos para la sociología (porque cada disciplina se construye para sí misma la comunidad que está en condiciones de construirse). Por lo tanto, para Rose

⁴ Llevados a este lúdico ejercicio de análisis retrospectivos y racionalizaciones *ex-post facto*, resulta tentador pensar que todo podía “encajar” con todo. Pero, sinceramente, no recuerdo si por entonces yo lo percibía exactamente de este modo.

⁵ *Achtung*, decía “*the social*”, no “*society*”.



(y también para mí, claro) se imponía anunciar a viva voz un nuevo nacimiento, o un renacer de la comunidad⁶.

Fue justo en ese momento cuando, luego de una breve estación intermedia de apenas dos años en España, regresé abrupta y finalmente a Buenos Aires, Argentina⁷. Caí aquí en las vísperas de lo que luego sería la tristemente célebre “crisis del 2001”, aquella que exhibió con tan intensa como violenta claridad un sistema político *desvencijado*, un Estado *desbordado*, una economía *desfondada*, una sociedad *destrozada*⁸ y estallada en miles de “comunidades”: las de quienes practicaban un aislamiento voluntario en urbanizaciones cerradas fuertemente vigiladas; las de quienes quedaban irremediabilmente acorralados en circuitos periféricos y degradados de la experiencia social; las de quienes se agrupaban en torno a cierto consumo o identidad bien delimitada y particularizada; las de quienes respondían al pie de la letra al formato

⁶ Tanto me impresionó todo aquello que me pareció importante ponerlo blanco sobre negro en un artículo (de Marinis 1999), del cual me comentan que todavía se usa en algunas actividades docentes cuando se quiere enseñar qué son o qué eran los *governmentality studies*, una corriente heterogénea de investigaciones de clara impronta foucaultiana. Esta tuvo su despliegue principalmente en el mundo académico anglosajón, curiosamente antes de que aparecieran publicados todos los cursos que Foucault dio en el Collège de France en la segunda mitad de la década del '70.

⁷ Digo “finalmente” porque aquí en Buenos Aires sigo estando, hasta nuevo aviso. Y porque me parece que quien ha emigrado una vez, sigue marcado para siempre por esa experiencia, y no descarta que vuelva a ocurrir. Adicionalmente, dos comentarios se me imponen, acerca de España y acerca de la decisión de regresar a Argentina. De España diré que fue una excelente opción de aclimatación cultural como *Zwischenstation*, ya más laxamente “latina” pero todavía europea. Del regreso a Argentina, afirmaré que fue una decisión posiblemente errada en términos de proyecciones y perspectivas de una carrera profesional *comme il faut*, pero absolutamente rendidora en términos existenciales (porque por suerte no sólo de la sociología vive el hombre, y tampoco la mujer).

⁸ Fue el (siempre sagaz) Gabriel Gatti (2005) quien me llamó la atención acerca de la importancia del “diagnóstico de lo social DES” en las ciencias sociales.



organizativo insidiosamente prescripto por las racionalidades políticas vigentes.

Comunidades, muchas comunidades había, o yo quería observar, por doquier. Una ciudadanía otrora social (o casi social, para ser más preciso), protectora e incluyente, se devaluaba vertiginosamente en legiones de comunidades de consumidores de muchas cosas: de experiencias lúdicas u oníricas, de estilizaciones de la vida cotidiana, de planes de asistencia social ultrafocalizados, de bolsones de alimentos repartidos con urgencia y con propósitos preponderantemente antisediciosos.

Ya que hablo de alimentos, cabe recordar que de todo aquel campo de fenómenos de impronta comunitaria supe comer todavía algún tiempo más. En los textos que escribí por entonces, observaba sin cesar “comunidades” que se prevenían (¡comunitariamente!) contra el delito (de Marinis, 2002, 2003, 2004a, 2005a), que buscaban alternativas educativas (¡adecuadas a las propias necesidades de sus comunidades!) (de Marinis, 2008; de Marinis y Graizer, 2004), y que eran construidas y apuntaladas conceptualmente por el conocimiento experto del “analista simbólico” (de Marinis 2009).

Como se ve, el aguijón de la comunidad se me había clavado, insidiosamente, y no se me habría de retirar jamás. Y digo esto porque la comunidad no es sólo un concepto fundamental del pensamiento político y social (aunque si fuera sólo eso ya sería suficiente como para que valga la pena dedicarle denodados esfuerzos por entenderlo y reconfigurarlo). Es también un tema, un problema, una pregunta, un desafío y, sobre todo, una sensación. Son pocas las palabras del repertorio conceptual de las ciencias sociales y humanas que reúnen todos estos atributos juntos a la vez⁹.

⁹ En torno a esto, Zygmunt Bauman da certeramente en el clavo, cuando afirma que “comunidad” es una palabra que por lo general viene investida de connotaciones positivas, que remiten a calidez, protección, bienestar. “Tenemos el sentimiento de que la comunidad



Algo más avanzada la primera década del siglo XXI, y padeciendo ya bastante menos la precariedad que había experimentado en los primeros años inmediatamente posteriores a mi regreso desde Europa, se me abrieron diversos caminos posibles para seguir explorando la comunidad (porque dije que ella funcionó como un aguijón para mi trayectoria académica, y lo fue de verdad). Uno era seguir en la pista del “relevamiento teórico-empírico de los modos operativos de las comunidades” que había emprendido antes. Pero pronto lo descarté, por aburrimiento, por saturación, y por sentir que esa cantera de objetos otrora tan deslumbrantes se había agotado para mí (lo mismo que las gafas anglofoucaultianas que había sabido calzarme para observarlos). Entonces opté por continuar con la exploración de otras canteras que, *prima facie*, se me representaban como inagotables, esto es, algunos mojonos fuertes de la historia del pensamiento social acerca de la comunidad. Así, de ahí en más, los cortocircuitos con la práctica social (o la explícita referencia a prácticas sociales, de actores “de carne y hueso”) habrían de ser mucho más indirectos, adquiriendo todo el perfil de mi trabajo en sociología unos tonos más marcadamente teóricos, metateóricos y epistemológicos.

En aquellos tiempos, resonaban fuerte, al menos en los ámbitos que yo frecuentaba, algunos nombres de peso, subsumibles bajo el rótulo de “filosofía contemporánea”: Roberto Esposito, Jean-Luc Nancy, Giorgio Agamben, por mencionar sólo algunos. Intenté alguna incursión en esos magníficos laberintos del pensamiento. Encontré muchas y muy seductoras sugerencias para seguir reflexionando acerca de la comunidad, pero mi formación de grado y posgrado, junto a mi culpable inscripción en la cultura disciplinaria de la sociología y la propia lógica de las instituciones académicas (con sus requerimientos de enseñanza) y científicas (con sus imperativos de hiperespecialización), terminaron siendo más fuertes. Aún

es siempre algo bueno”, explicando que la comunidad no sólo tiene un significado, sino que además produce “una buena sensación” (Bauman, 2003: 7).



con algunos reparos respecto de estas instituciones¹⁰, sentía que el campo de la sociología era el lugar desde donde mejor podía leer esos textos “nuevos” para mí e insertarlos en un contexto de debates y preguntas que manejaba con mayor pericia que en otros espacios disciplinarios. ¿Por qué no seguir explorando, entonces, lo que la vasta tradición de la teoría sociológica había tenido para decir (explícita e implícitamente)¹¹ acerca de la comunidad, y que presumía (y ahora sé positivamente) que era muchísimo y muy valioso?

Como no podría ser de otra manera, para cantar una canción sociológica cuya letra hable de la comunidad, el recorrido de lecturas tuvo que empezar por Ferdinand Tönnies. Un clásico ciertamente “menor”, aunque muy reconocido por sus contemporáneos. Hoy Tönnies es mucho más citado incidentalmente, y por lo general reducido a un simple y banal teorema (comunidad-sociedad), que estudiado con la profundidad que efectivamente se merece (de Marinis, 2010a).

Apenas lanzado a esa aventura de lecturas, aunque ya lo había intuido esquemáticamente poco tiempo antes (de Marinis 2005b), me di cuenta¹² de que en sociología decir “comunidad” puede querer implicar

¹⁰ O, mejor dicho, respecto de cierta impronta antiteoricista (incluso antiintelectual) que tienen algunos de sus exponentes y, crecientemente, los gestores de políticas públicas en el campo de la ciencia, que suelen llenarse la boca con el controvertido concepto (y la insidiosa exigencia) de la “utilidad práctica” de la investigación.

¹¹ Tremendo tema: se puede perfectamente “decir” algo, sin decirlo de manera explícita. Tal es el caso de las teorías de la comunidad de Durkheim, muy potentes y sugerentes aun sin mencionar casi nunca la palabra, como bien lo demuestra Ramos Torre (2010).

¹² El tono de este artículo lleva la inevitable impronta de la primera persona. Pero tengo la certeza de que absolutamente nada de lo que relato hubiera sido posible sin la usina fundamental de desafíos e incitaciones que significó (y, afortunadamente, sigue aún significando), el GEPyC/TS (“Grupo de Estudios sobre Problemas y Conceptos de la Teoría Sociológica”), que hace poco más de una década coordino en mi sede de trabajo. Las tesis, las publicaciones (por ejemplo las de índole colectiva que prologo en 2010b y 2012a) y los cursos que han surgido del seno de este grupo, alternados con asados regados con buen vino, son la mejor demostración de que, a veces, resulta posible construir comunidades que



cuestiones muy diversas, incluso en el mismo texto que se desee analizar. Así, el término nos remite (1) no sólo a una narración de la historia de la emergencia de la sociedad moderna a partir de las ruinas de la comunidad, sino que también (2) caracteriza a un tipo ideal de relaciones interindividuales (tal como, se supone, deben hacer las ciencias que se precien de tales). Y en ese sentido, la comunidad (3) puede implicar una suerte de “grado cero” de toda forma de socialidad. Puede ser también (4) el nombre que se le otorga a una utopía política de primer rango, aquello que podría (mejor dicho, que debería) venir “después de la sociedad”, fundado en su crítica. Y más aún, (5) la comunidad podría convertirse en una suerte de dispositivo socio-tecnológico especialmente diseñado para recomponer lazos sociales dañados. En todos estos registros, la sociología de la comunidad se dispone a jugar diferentes juegos. Así, respectivamente, se aproxima sigilosamente a las ciencias históricas (1), cultiva los rituales, los gestos y los recursos propios de las ciencias empíricas (2), flirtea abiertamente con la filosofía (3), impulsa e ilumina prácticas políticas transformadoras (4), colabora con el Príncipe en el diseño de tecnologías de gobierno de poblaciones (5) (de Marinis, 2012a, 2016).

Aunque este sinuoso camino empezó con Tönnies, por fortuna no habría de terminarse allí. La exploración prosiguió con la lectura de algunos autores clásicos (Marx, Weber¹³, Durkheim, Simmel, los autores de la escuela de Chicago, etc.) y otros más contemporáneos (Parsons¹⁴, Habermas, Giddens, Luhmann, Bauman¹⁵, Maffesoli¹⁶, Sennett, Lash, etc.), en el marco de diversos proyectos financiados¹⁷, que se alternaron con

permiten calentarse las manos cuando “allí afuera” hace mucho frío, y a la vez potencian y estimulan el despliegue creativo de la individualidad.

¹³ de Marinis (2010c; 2015).

¹⁴ de Marinis (2010d; 2012b).

¹⁵ de Marinis (2011, en especial 150-158).

¹⁶ de Marinis (2011, en especial 144-149).

¹⁷ El Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT), todos de Argentina.



diversas actividades de docencia en grado y posgrado¹⁸. El arco de lecturas se amplió significativamente cuando pasaron a la mesa de disección autores y perspectivas de la riquísima tradición de la teoría social/sociológica latinoamericana, desde los años '40 en adelante: Medina Echavarría, Germani, Fernandes, Fals Borda, Ribeiro, Cardoso, Faletto, Portantiero, Lechner, Garretón, Quijano, Mignolo, entre otros. En sus trabajos encontramos profundos pensamientos sobre la comunidad, ora frontales, ora indirectos, que iban metamorfoseándose conforme se desplazaban los focos de problematización de las respectivas “comunidades sociológicas” (nacionales, regionales, mundiales) que les habían dado lugar: la cultura nacional, el desarrollo, la modernización, la dependencia, el imperialismo, la democracia, el neoliberalismo, la globalización, etc.

Los arriba mencionados cinco registros del concepto/problema de la comunidad pasaron mayormente la prueba de servir como “recursos analíticos” para el abordaje de estos autores de nuestra región. Era posible entonces, también respecto de ellos, servirse de tan eficaz como elemental instrumental. Pero, en paralelo, se me abrieron problemas nuevos, y bastante gruesos. Dicho de manera muy sencilla, durante toda esta *tournee* de lecturas de/acerca/sobre/con la comunidad, se me fue volviendo crecientemente acuciante realizar una suerte de autoesclarecimiento epistemológico y metodológico. Y esto se debió a genuinas dudas y curiosidades intelectuales. Es decir, no fue sólo acicateado por formularios de solicitud de subsidios en los que, por decoro y afán de seriedad, en el casillero donde se piden explicitaciones de la metodología de la investigación no quería consignar simplemente la palabra “leer y escribir”, que a fin de cuentas y dicho de manera grosera es lo que yo siempre hice.

¹⁸ En las Universidades de Buenos Aires, Nacional de San Martín, Nacional de Rosario y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) (en Argentina), Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y Universidad Autónoma de Baja California (ambas en México), y Universidade Estadual de Campinas (Brasil).



Las preguntas que me hacía, aunque todavía venían a cuento de todas estas lecturas acerca de la comunidad, tuvieron que volverse de un carácter mucho más amplio y abarcativo: ¿Es posible distinguir el trabajo que se hace en “teoría sociológica” de una “historia de las ideas sociológicas” o de una “sociología de las instituciones y los intelectuales”, tareas que tan a menudo resultan confundidas unas con otras? ¿Qué tanto y cómo juega el “contexto” en la producción efectiva del “texto”? ¿Hasta qué punto es posible autonomizar a uno del otro?

Con algunas ilustres excepciones (Parsons, Habermas, Luhmann, en cierto modo Bourdieu, un poco menos Giddens), muchos investigadores que dicen hacer “teoría sociológica” parecen a menudo prescindir de esa específica reflexión acerca de los métodos que utilizan. En este sentido, nuestros colegas que hacen investigación social empírica suelen tenerlo más fácil, aunque muchas veces, cuando son interrogados al respecto, apenas se limitan a enumerar técnicas de relevamiento de información (entrevista, observación, encuesta, etc.). Seré breve, no quiero irme de pista. Sólo contaré que, para este ejercicio de autoesclarecimiento epistemo-metodológico, y en búsqueda de inspiración, supe incursionar en variadas fuentes, algunas más propiamente sociológicas, otras a cargo de vecinos y parientes disciplinarios: “el análisis metateórico” de Ritzer, “la historia de la teoría sociológica con un propósito sistemático” de Schluchter, “la historia sociológica de la formación de conceptos” de Sommers, “la historia conceptual” de Koselleck, “la historia intelectual” de Skinner, las problematizaciones foucaultianas, el inmenso rollo luhmanniano de la relación entre estructura social y semántica, la sociología de la ciencia de Ludwik Fleck, y algunas otras cosas más. En todo esto, la cantera inagotable de lecturas sobre la comunidad funcionaba siempre como telón de fondo, pues precisamente de allí partían las preguntas acerca de “cuestiones de método”, y hacia allí volvían, con fuerza renovada.



Existe un embrollo más que me obsesiona desde que hace ya unos cuantos años empecé a trabajar con esta palabra/noción/idea/concepto de la comunidad, y que nunca termino de entender bien (o, al menos, así me lo quiero representar, para poder seguir entreteniéndome, y a la vez para convencer a mis *sponsors* de que todo esto merece ser estudiado más a fondo). Esta inquietud de carácter obsesivo, que en seguida describiré, seguramente me ha surgido en mis tiempos de inmigrante, cuando tuve que (en realidad, quise) sumergirme en lengua y cultura ajena, las cuales fueron volviéndose cada vez más propias (aunque nunca terminaron de serlo totalmente, o quizás sí, quién sabe). Lo explicaré rápido: una *community* no es exactamente lo mismo que una *Gemeinschaft*, aunque podamos traducir a ambas como comunidad, o *comunitá*, o *communauté* o *comunidade* (y que me perdone Walter Mignolo porque sólo estoy mencionando aquí las “seis lenguas imperiales europeas modernas”, pero lamentablemente son las únicas que estoy en condiciones de manipular).

Estoy tratando de reflexionar de un modo creativo, complejo y no determinista acerca de la *embeddedness* social y cultural de los conceptos. Pero igual cuesta no caer en las trampas del reduccionismo, o en ejercicios más o menos lineales y torpes de una supuesta sociología del conocimiento. Creo, no obstante, que por un lado existe algo que puede designarse como una “semántica sociológica alemana de la comunidad”, de la *Gemeinschaft*, en lo cual el concepto (y, por añadidura, las realidades que él designa) resulta dotado de unos atributos genéricos asociables a palabras tales como intimidad, cohesión, unión, colectividad, afectividad, naturalidad, proximidad, irracionalidad, calor, organicidad, autenticidad, consenso, necesidad, bondad, eticidad, virtud, pasión, eternidad, etc¹⁹.

¹⁹ Pese a que, obviamente, como todo el mundo, también él ha partido de pesados antecedentes, la piedra fundamental de esta semántica la ha colocado Tönnies. Quienes siguieron después, no pudieron ya prescindir de sus aportes, aunque sea para tomar cierta distancia (como Max Weber), relativizar sus alcances invirtiendo sus cargas valorativas (como Helmuth Plessner) o directamente refutarlos (como René König).



Por otro lado, en el mundo cultural anglosajón y, más específicamente, dentro de él, en el campo sociológico estadounidense, ha madurado otra semántica sociológica de la comunidad, de la *community*, caracterizable también ella por unos contenidos y atributos genéricos²⁰. Algunos directamente opuestos a los de la *Gemeinschaft*, otros bastante similares, otros con interesantes variaciones y desplazamientos de significado.

Community y *Gemeinschaft*, ambos hacen referencia a una entidad colectiva que muestra un conjunto de individuos que viven y actúan juntos, y en ello muestran una relativa unión y cohesión. Todo esto, a su vez, está investido de cargas valorativas intensas y por lo general resulta designado como algo moralmente “bueno”, éticamente virtuoso. Hasta aquí, pues, no habría significativas diferencias.

Pero estas diferencias también existen. Así (y tengo claro que todo esto no es otra cosa que estilizaciones ideal-típicas), en la *community* los individuos ya no aparecen inmersos en una totalidad que ontológicamente los precede y que prácticamente no permite reconocer trazos de su identidad y de su individualidad, como en la *Gemeinschaft*, sino que más bien son presentados como activos, voluntaristas y racionales demiurgos de la misma. En resumidas cuentas, si bien la *community* no conforma de ninguna manera un todo orgánico indiviso que no permite reconocer las partes de las que consta su interioridad, tampoco podría hablarse sin más de “unas partes que no conforman un todo”. Más bien, debería hacerse referencia a otro modo, por parte de esas partes, de conformar proactivamente ese todo. Así, el todo que conforma la *community* está mucho menos dotado de atributos de naturalidad, de necesidad, de autenticidad y de eternidad que de un carácter más bien artefactual, deliberada y voluntariamente construido. En la *community*, como en la

²⁰ Los nombres ilustres de esta otra semántica sociológica de la comunidad son Dewey, Park, Thomas y Parsons.



Gemeinschaft, puede haber afectividad, incluso intimidad, pero casi en ningún caso brotes o irrupciones de irracionalidad. En la *community*, las pasiones colectivas pueden muy bien existir, pero comparativamente asumen una tonalidad ciertamente mesurada, moderada e incluso podría decirse “domesticada”, y en ningún caso colocan al individuo como plena (y quizás sacrificialmente) subordinado a las prioridades y exigencias (a menudo intensas) que le plantea el ente colectivo, como es recurrente observar en las (auto)presentaciones de la *Gemeinschaft*²¹.

Es hora de cerrar de una vez esta presentación. He reconstruido el recorrido casi completo y prácticamente ya he llegado a narrar con qué problemas me estoy enfrentando hoy²². Retomaré entonces brevemente aquello que planteaba al comienzo, en torno a la “imaginación sociológica”, y acerca de cómo ella moviliza una reflexión acerca de la necesaria conexión entre “inquietudes personales” y “problemas públicos”, o entre “biografía” e “historia”.

En mi caso, por un lado, este trabajo en torno a conceptos (básicamente, en torno a un concepto, el de comunidad, en diversas tradiciones culturales de la sociología, del “Norte” y del “Sur”, para decirlo

²¹ Había avanzado ya en todos estos problemas de “las semánticas”, sorprendido porque en las lecturas había descubierto que, aunque la palabra sea (más o menos) la misma, “por detrás” pueden latir sentidos bien diferentes, y esto tanto dentro de la misma “tradición cultural” como cuando las palabras realizaban largos viajes, y eran acuñadas allí y traducidas y reapropiadas acá, o al revés (de Marinis, 2013). Volví más tarde a la carga sobre estos problemas, sirviéndome ahora de Fleck, y las confusiones persisten, y así seguirá siendo, al parecer (de Marinis, 2017).

²² Luego de años de trabajar en torno al concepto de la comunidad, empecé hace un tiempo a ocuparme de otros conceptos que se colocan más bien en el “lado oscuro” de la sociedad, que suelen generar más ansiedades que esperanzas, que (al menos en sus formulaciones clásicas) fueron generalmente descriptos por sus rasgos de irracionalidad, descontrol y desindividualización, que los acercan a patologías y sugerencias colectivas. Me refiero al concepto de “masas”, y a otros derivados, vecinos o emparentados con masas, tales como “multitud”, “turba”, “muchedumbre”, etc. La faena está recién empezando, y no ha dado aún frutos que merezcan citarse.



rápido) ha sido evidentemente aquello que me ha permitido ganar un salario. Pero, además, pese a su aparente desconexión con problemas del aquí y ahora²³, se me ha revelado como particularmente relevante en varios sentidos. Por una parte, me ha abierto un nuevo entendimiento de situaciones vitales y políticas en las que la comunidad es invocada a viva voz (a menudo de manera engañosa o falaz, y digo esto aún cuando tampoco crea que existen comunidades “verdaderas” y “falsas”); por otra parte, me ha permitido cultivar, como alguna vez planteó Foucault, una cierta “moral de la incomodidad”, en y desde la que (al menos así quiero representármelo, no sé si siempre lo logro) poder compartir, con otros y otras, “una cierta dificultad común para soportar lo que está pasando”.

Sobre el autor

Pablo de Marinis es Licenciado en Sociología (Universidad de Buenos Aires, Argentina, 1991); Dr. Phil. (Universität Hamburg, Alemania, 1997); Investigador del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina) con sede de trabajo en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, donde coordina el “Grupo de Estudios sobre Problemas y Conceptos de la Teoría Sociológica” (GEPyC/TS). Profesor regular de “Sociología Sistemática”, Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires; ha dictado numerosos cursos de posgrado en instituciones de su país y del exterior y ha dirigido diversos proyectos de investigación; sus publicaciones sobre el concepto de comunidad se consignan en la bibliografía de este artículo.

²³ Así les gusta entender a tantos grises engranajes del sistema de la ciencia el trabajo de alguien que, fundamentalmente, desempolva y recrea textos viejos, de gente mayormente fallecida.



Referencias²⁴

Bauman, Zygmunt (2003). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid, Siglo XXI Editores.

de Marinis, Pablo (1998). "La espacialidad del Ojo miope (del Poder). (Dos Ejercicios de Cartografía Postsocial)", *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* 34-35: 32-39.

de Marinis, Pablo (1999). "Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos (Un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo)", en Ramón Ramos Torre y Fernando García Selgas (comps.) *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas: 73-103.

de Marinis, Pablo (2000). *Überwachen und Ausschließen. Machtinterventionen in urbanen Räumen der Kontrollgesellschaft*. Pfaffenweiler, Centaurus Verlagsgesellschaft.

de Marinis, Pablo (2002). "Ciudad, 'cuestión criminal' y gobierno de poblaciones", *Política y Sociedad. Revista de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid* 39 (2): 319-338.

de Marinis, Pablo (2003). "Un/sicherheit/en ohne Gesellschaft/en: fünf Dimensionen eines postsozialen Zeitalters", en Wolfgang Stangl y Gerhard Hanak (eds.) *Jahrbuch für Rechts- und Kriminalsoziologie '02. Innere Sicherheiten*. Baden-Baden, Nomos Verlagsgesellschaft: 39-79.

de Marinis, Pablo (2004). "In/seguridad/es sin sociedad/es: cinco dimensiones de la condición postsocial", en Ignacio Muñagorri y Juan

²⁴ Creo que nunca en mi vida me he autocitado tanto como aquí, básicamente por pudor y por conciencia de mis propias limitaciones. Pero dado el tipo de ejercicio al cual me ha convocado esta revista, creo que se justifica este exceso de autocita, y espero que por ello se me declare inocente frente a una probable acusación de petulancia.



Pegoraro (coords.) *La relación seguridad-inseguridad en centros urbanos de Europa y América Latina. Estrategias, políticas, actores, perspectivas y resultados*. Madrid, Editorial Dykinson: 61-110.

de Marinis, Pablo (2005a). "De la sociedad disciplinaria a la sociedad de control", *Iter-Criminis* 13: 147-195.

de Marinis, Pablo (2005b). "16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es)", *Papeles del CEIC* 15 (enero).

<http://www.ehu.es/ojs/index.php/papelesCEIC/article/view/12103/11025>
(recuperado el 26 Diciembre, 2017).

deMarinis, Pablo (2008). "Comunidade, globalização e educação: um ensaio sobre a "desconversão do social"", *Pró-posições* 19 (3): 19-45.

de Marinis, Pablo (2009). "Los saberes expertos y el poder de hacer y deshacer 'sociedad'", en: Gabriel Gatti, Iñaki Martínez de Albéniz y Benjamín Tejerina (eds.) *Tecnología, cultura experta e identidad en la sociedad del conocimiento*. Leioa, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco: 53-96.

de Marinis, Pablo (2010a). "Sociología clásica y comunidad: entre la nostalgia y la utopía (un recorrido por algunos textos de Ferdinand Tönnies)", en Pablo de Marinis, Gabriel Gatti e Ignacio Irazuzta (eds.) *La comunidad como pretexto: en torno al (re)surgimiento de las solidaridades comunitarias*. Barcelona y México DF, Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa: 347-382.

de Marinis, Pablo (2010b). "Comunidad: derivas de un concepto a través de la historia de la teoría sociológica", *Papeles del CEIC* 2010 (1)
<http://www.ehu.es/ojs/index.php/papelesCEIC/article/view/12287/11209>
(recuperado el 26 Diciembre, 2017).

de Marinis, Pablo (2010c). "La comunidad según Max Weber: desde el tipo ideal de la *Vergemeinschaftung* hasta la comunidad de los combatientes", *Papeles del CEIC* 2010 (1) (58).



<http://www.ehu.eus/ojs/index.php/papelesCEIC/article/view/12301/11223>
(recuperado el 26 Diciembre, 2017).

de Marinis, Pablo (2010d). "Estado y comunidad, de los clásicos a Parsons (y más allá)", *Propuesta Educativa* 19 (33): 61-70.

de Marinis, Pablo (2011). "La teoría sociológica y la comunidad: clásicos y contemporáneos tras las huellas de la "buena sociedad", *Entramados y Perspectivas* 1 (1): 127-164.

de Marinis, Pablo (2012a). "Introducción: la comunidad en la teoría sociológica", en Pablo de Marinis (coord.) *Comunidad: estudios de teoría sociológica*. Buenos Aires, Prometeo Editorial: 9-28.

de Marinis, Pablo (2012b). "La comunidad societal de Talcott Parsons, entre la pretensión científica y el compromiso normativista", en Pablo de Marinis (coord.) *Comunidad: estudios de teoría sociológica*. Buenos Aires, Prometeo Editorial: 231-263.

de Marinis, Pablo (2013). "*Gemeinschaft, community, comunidad*: algunas reflexiones preliminares acerca de las variadas semánticas de la comunidad en la teoría sociológica", *Revista Argentina de Ciencia Política* 16: 87-104.

de Marinis, Pablo (2015). "Las comunidades de Max Weber. Acerca de los tipos ideales sociológicos como medio de desustancialización de la comunidad", en Alvaro Morcillo Láiz y Eduardo Weisz (eds.) *Max Weber en Iberoamérica. Nuevas interpretaciones, estudios empíricos y recepción*. México DF, FCE: 293-320.

de Marinis, Pablo (2016). "The multiple uses of 'community' in sociological theory: historical type, ideal type, political utopia, socio-technological device and ontological foundation of 'society'", en Gert Melville y Carlos Ruta (eds) *Potency of the Common. Intercultural Perspectives about Community and Individuality*. Berlin/Boston, De Gruyter Oldenbourg: 27-50.



de Marinis, Pablo (2017). "Sobre estilos y colectivos de pensamiento (o: reflexionando con Ludwik Fleck acerca de las relaciones entre texto – sociológico - y contexto – sociocultural-)". Ponencia presentada en la mesa 16 ("Problemas de teoría sociológica clásica y contemporánea"), en las *XII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires.

de Marinis, Pablo y Graizer, Oscar (2004). "Tecnologías de gobierno de la educación y recontextualizaciones locales (un ensayo de sociología de la transformación educativa)". Ponencia presentada en la *Conferencia Internacional de Sociología de la Educación (ISA)*, Buenos Aires.

Gatti, Gabriel (2005). "La teoría sociológica visita el vacío social (o de las tensas relaciones entre la sociología y un objeto que le rehúye)", en Antonio Ariño (ed.) *Las encrucijadas de la diversidad cultural*. Madrid, CIS: 177-200.

Ramos Torre, Ramón (2010). "La comunidad moral en la obra de Émile Durkheim", en Pablo de Marinis, Gabriel Gatti e Ignacio Irazuzta (eds.) *La comunidad como pretexto. En torno al (re)surgimiento de las solidaridades comunitarias*. Barcelona y México DF, Editorial Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa: 383-412.

Rose, Nikolas (1996). "The death of the social? Re-figuring the territory of government", *Economy and Society* 25 (3): 327-356.